



**Universitat**  
de les Illes Balears

## **TRABAJO DE FIN DE GRADO**

**ENTRE EL MISTICISMO Y LA FILOSOFÍA: PITÁGORAS, UN PERSONAJE  
DIVINIZADO**

Jose Lorenzo Marroig

**Grado de Filosofía**

**Facultad de Humanidades**

**Año Académico 2021-22**

# **ENTRE EL MISTICISMO Y LA FILOSOFÍA: PITÁGORAS, UN PERSONAJE DIVINIZADO**

Jose Lorenzo Marroig

## **Trabajo de Fin de Grado**

**Facultad de Filosofía**

**Universidad de las Illes Balears**

**Año Académico 2021-22**

Palabras clave del trabajo:

Pitágoras, prodigios, metempsicosis, ascetismo, cristianismo

Francesc Casadesús Bordoy

Se autoriza la Universidad a incluir este trabajo en el Repositorio Institucional para su consulta en acceso abierto y difusión en línea, con fines exclusivamente académicos y de investigación

Autor		Tutor	
Sí	No	Sí	No
<input type="checkbox"/>	<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

## Resumen

En el siguiente trabajo, se analizan las obras de Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico en torno a la vida de Pitágoras, con el objetivo de trazar una diferenciación significativa entre la actividad filosófica y el misticismo que caracterizó al filósofo de Samos. Para ello, se incide en los aspectos más relevantes en torno a su vida, caso de los prodigios, la *metempsychosis* o la animadversión que fomentó en Heráclito por llevar a cabo su actividad de erudición.

De otro modo, es otro de los objetivos de dicho trabajo poder reforzar algunas hipótesis -en conjunción con el análisis de su vida- ya defendidas por autores como Casadesús, Burkert o De la Fuente, en torno a la relación existente entre la secta pitagórica y la religión cristiana, así como su influencia en autores posteriores a él.

## Índice

1. Introducción.....	5
2. Breve contextualización.....	6
3. Misticismo alrededor de la figura de Pitágoras.....	10
3.1 <i>Sobre los thaúmata (o prodigios)</i> .....	10
3.2 <i>Emisario de los dioses</i> .....	12
3.3 <i>Vida de su escuela</i> .....	14
3.4 <i>Metempsicosis</i> .....	16
4. Filosofía alrededor de la figura de Pitágoras.....	18
4.1 <i>El nacimiento de la filosofía: del sabio al filósofo</i> .....	19
4.2 <i>Elementos filosóficos en las prácticas pitagóricas</i> .....	21
5. Algunas hipótesis y conclusión.....	29
6. Referencias Bibliográficas.....	35

## 1. Introducción

Son muchas las incógnitas e interrogantes alrededor de la figura de Pitágoras que han permitido un dilatado debate sobre él a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Desde su lugar de nacimiento y su verdadero padre, hasta sus posibles poderes sobrenaturales, sus dotes chamánicas o su rigor filosófico son, a modo de breve exposición de todo lo que se ha derivado de su figura, algunos de ellos. Tal aspecto, pues, nos debe introducir en una característica fundamental: Pitágoras fue, a todos los efectos, una persona que no se dejó conocer en demasía en lo privado. Este hecho, a su vez, alimentó esas dudas con las que empezamos este apartado, y que ya nunca podrán ser resueltas pese a alimentar el motor de la disputa que “fundó” él propio Pitágoras, que no es otra que la filosofía. Asimismo, y algo que no ayudó a desvanecer esa aura de misticismo en torno a su persona, fue el hecho de no dejar escrito alguno, o bien perderse sus textos o los relativos a él si alguna vez existieron -como sucedió en el caso de Aristóteles-.

Dicho aspecto le asemeja a otro de los padres fundadores de la filosofía, como es Sócrates, pues tampoco poseemos escrito alguno del filósofo ateniense. Sin embargo, en relación a Sócrates, todo lo relativo a su vida y obra nos ha llegado desde sus amigos, discípulos e historiadores contemporáneos, caso de Jenofonte, siendo Platón el máximo exponente. Al hablar de Pitágoras, no obstante, las referencias provienen de la escueta disputa que buscó Heráclito con él, por su hermetismo y secreto en torno a su escuela y de algunos de sus discípulos -de los que muchos no se puede asegurar tal hecho, por el secreto pitagórico-. La notoria diferencia entre la ausencia de escritos a la hora de compararlos reside, pues, en la propia filosofía y vida de los personajes que se describen, así como el tiempo en el que fue escrito: mientras Sócrates paseaba y charlaba con muchos atenienses y estos podían dar fe de cómo era, pocos fueron los que tuvieron la oportunidad de hacerlo con el propio Pitágoras, algunos incluso pertenecientes a su séquito más privado en la secta pitagórica. De este modo, los relatos más significativos de la vida pitagórica pertenecen a períodos tardíos luego de su vida (en torno al siglo VI a.C) como el de Diógenes Laercio (“Vida de Pitágoras”, siglo II d.C), Jámblico (“Sobre la vida pitagórica”, siglo III d.C) y Porfirio (“Vida de Pitágoras”, siglo III d.C). Es por este motivo que, en lo relativo a su vida, obra y confiabilidad sobre estas -y a diferencia de Sócrates-, mucho se ha perdido y, de lo que poseemos, en ocasiones resulta contradictorio.

Quizás por este motivo y este halo de misterio que envuelve al filósofo aquí

analizado, han sido muchos los filósofos que a lo largo de los siglos han escrito y estudiado su figura. A este efecto podemos citar autores como Burkert, Guthrie, De la Fuente o Casadesús que, habiendo analizado en profundidad las fuentes primarias y otras obras sobre los ya citados autores, tejieron sendos trabajos de impacto mundial acerca de su persona. Así pues, en nuestras páginas utilizaremos la obra de De la Fuente, pues las fuentes primarias de Jámblico, Diógenes Laercio y Porfirio aparecen recogidas en ella. Todo ello motivado por ser las fuentes primarias las obras analizadas por el resto de autores a lo largo de los tiempos, mientras en el caso de De la Fuente, apreciar su análisis pormenorizado sobre estas mismas fuentes en relación a Pitágoras.

Por ello, el propósito del siguiente trabajo no se conformará tan solo en realizar una síntesis de lo ya analizado por otros autores. Entendemos que, de esta forma, estaríamos contentándonos tan solo con un estado de la cuestión. De otro modo, la verdadera intención de la presente obra es, luego de haber leído como hicieron los citados autores las fuentes bibliográficas primarias, trazar un bosquejo acerca de la figura de Pitágoras *motu proprio*, y con la más humilde de las actitudes por sentirse filósofo y aportar visiones acerca del debate. Esto, no obstante, sin desmerecer ni poner en relieve la ayuda extraída de las obras de los ya citados autores que han profundizado en su vida.

Para finalizar, es otro de los objetivos de este trabajo exponer algunas hipótesis sobre Pitágoras, más concretamente sobre su existencia y su indubitable- bajo nuestro punto de vista- relación con el cristianismo. De esta forma, el conjunto del trabajo se encamina a asentar los cimientos necesarios para terminar en dichos aspectos y, de ellos y sobre ellos, lanzar una serie de hipótesis que bien podrían ser la senda para futuros trabajos más amplios.

Así pues, procedemos a realizar nuestro trabajo, desmenuzando este en pequeños apartados -y lo más atomizado posible para que el lector no se pierda detalle significativo alguno-, a partir de los autores y obras ya citados, divididos en: 2) Breve contextualización; 3) Misticismo alrededor de la figura de Pitágoras; 4) Filosofía alrededor de la figura de Pitágoras; 5) Algunas hipótesis y conclusión.

## **2. Breve contextualización**

Quizás sea adecuado y necesario empezar dicho punto con el propio nombre del autor. El nombre Pitágoras parece ser, como en el caso de Platón, una adquisición más

enfocada a su manifestación de poder que no a otra cosa. Para tal caso, es Diógenes Laercio en su pasaje XXI el primero que nos advierte de esto cuando dice que “Aristipo de Cirene, en su obra *Sobre los filósofos de la naturaleza*, afirma que Pitágoras era llamado así porque decía la verdad no menos que el dios pítico”. Cabe resaltar, pues, que la etimología de dicha palabra nos encamina a desglosarla en dos partes para su comprensión: acerca del *tou Pythíou* (es decir, el dios pítico) y acerca del ágora (es decir, el discurso delante de un público). O en otras palabras -bajo nuestra interpretación-: el nombre Pitágoras tan solo es un juego de conceptos con la intención de ensalzarse como “el que habla en nombre de Apolo de Delfos”.

Su origen es, a su vez, tan enigmático como todo lo perteneciente a su figura. Mientras Diógenes Laercio afirma en su pasaje I que Pitágoras podía ser de Samos o de Etruria, Porfirio en su pasaje I nos advierte que “Neantes escribe en el quinto libro de sus *Historias* que era de origen sirio, de la ciudad de Tiro”. Este embrollo de localidades puede tener, precisamente, enlace con otro interrogante acerca del propio Pitágoras, como es quién fue su padre: por lo común, a Pitágoras se le atribuye como padre a Mnesarco – afirmando Porfirio, de nuevo en su pasaje I, que “hay acuerdo general entre la mayoría en que Pitágoras era hijo de Mnesarco”, intentando dar por concluída la disputa-, pero Diógenes Laercio, en su pasaje I de nuevo, argumenta que algunos exponen acerca de Pitágoras que “era hijo de Mármaco [...] Y que Mármaco pasó a habitar en Samos, por lo que se llama samio a Pitágoras”. No obstante, la disputa no acaba aquí por otorgar el título paterno sobre Pitágoras, pues Porfirio, de nuevo en su pasaje II, defiende que hay quien dice “que fue engendrado por Apolo y Pitaida, y que fue reconocido por Mnesarco” . A su vez, a Mnesarco se le atribuye el arte del comercio, con sus respectivos viajes, y cuya esposa era la ya mencionada Pitaida (algo que, de otra parte, solo exponen Porfirio y Jámblico, pues Diógenes Laercio no menciona en ningún momento su nombre, pese a citarla meramente como “su madre” en la anécdota de que Pitágoras se escondió en una cueva y era ella quien le mantenía al corriente de los hechos que acaecían en el mundo<sup>1</sup>). De dicho galimatías podemos obtener, pues, una serie de apreciaciones: 1) que existe cierto acuerdo en torno a que Pitágoras era de Samos; 2) que la posibilidad de que sea de Siria viene provocada por, como leemos en Jámblico, Mnesarco viajar a Siria para comerciar y su mujer ya estar encinta, por lo que

---

1 Sobre este aspecto, cabe consultar la obra de Casadesús (2019:7) de “La filosofía del divino Pitágoras: terapias, curaciones y prodigios” donde explica el parecido entre dicho acto por parte de Pitágoras y de su esclavo Zalmoxis.

pudo dar luz ahí a Pitágoras y ser posteriormente criado en Samos; 3) que quitando el caso de Diógenes Laercio, quien define a Mnesarco como grabador de anillos, Jámblico nos advierte de la posibilidad de su profesión como comerciante y navegante, por lo que podría haber visitado diferentes sitios y que (2) hubiere ocurrido ahí, regresando posteriormente a Samos; 4) que, al ser Pitágoras su madre y existir acuerdo sobre esto, y al ser esta esposa de Mnesarco, se cumple tanto (1), (2) y (3). Mientras, la posibilidad metafísica de ser hijo de Apolo no se contempla por: 1) ser el propio Pitágoras el que se definía como Apolo y; 2) ser una hipótesis extraterrenal que no aceptamos.

Una vez resuelto el entuerto sobre su origen y sanguinidad, cabe ahora preguntarnos sobre sus maestros y fuentes de obtención de sus aprendizajes. Acerca de esto, Diógenes Laercio, en su pasaje II, nos afirma que fue discípulo de Ferécides y Hermodamante; Porfirio, en su pasaje XI, vuelve a nombrar al mismo Ferécides y añade a Anaximandro; mientras que Jámblico, en su pasaje XII, y a los ya mencionados Ferécides y Anaximandro, incorpora a Tales de Mileto. A parte de los ya mencionados, vuelve a ser Porfirio quien añade a Astreo en el pasaje XIII, quien le inculcó algunos aprendizajes que luego él reproduciría con los aspirantes a introducirse dentro de su secta, como el estudio de la fisiognomía. De los otros mencionados, Ferécides había frecuentado Egipto, luego de analizar las diferentes fuentes, lo que explicaría el interés de Pitágoras por los conocimientos rituales de los sacerdotes egipcios<sup>2</sup> y su posterior viaje a dicho territorio. En el caso de los filósofos presocráticos de Anaximandro y Tales de Mileto, su influjo sobre el samio podría otorgar cierto atisbo de interés y conocimiento sobre la naturaleza, algo que explicaría algunas de sus ideas filosóficas y que analizaremos posteriormente. Ante tales explicaciones, no cabe duda alguna de la posibilidad de las mismas, pues la cronología de la vida de Pitágoras y los citados maestros no son excluyentes. Sin embargo, y a modo de acotar posibilidades, parece ser que la hipótesis que cobra más fuerza sobre la transversalidad de su educación reside en Ferécides.

Si bien Pitágoras bebió de diferentes filósofos durante su formación, también lo hizo de muy diferentes corrientes repartidas en diferentes enclaves. Es Jámblico quien, en los pasajes III y IV, incide en algunos de sus viajes. Cabe destacar entre ellos el caso de Egipto, donde se dice que Pitágoras permaneció junto a los sacerdotes y que de ellos aprendió multitud de ritos y nuevos conocimientos, caso de la geometría y la astronomía,

---

<sup>2</sup> Para más información sobre Ferécides, consultar la obra de García Gual (1989:182-199) de “Los siete sabios (y tres más)”.

que luego importaría hasta su tierra e incorporaría a sus enseñanzas. De otro modo, y luego de ser apresado por soldados en Egipto, fue dirigido a Babilonia, donde aprendería junto a los Magos y completaría su formación en aritmética o música. Al finalizar dicho viaje, regresaría a Samos -siempre según la fuente de Jámblico- donde daría forma a su escuela aunando tanto los aprendizajes obtenidos de los diferentes filósofos ya mentados, como de los lugares que había visitado. El resultado fue una de las escuelas y corrientes más místicas que, precisamente por esto, resultaban del todo atractivas a mucha gente.

Para acabar con esta breve -pese a necesaria- contextualización, lo haremos en lo referente a su muerte. Poco se sabe con precisión de ella una vez más, ni tan siquiera la edad exacta en la que falleció, pues Diógenes Laercio -pasaje XLIV- defiende que pudiera tener ochenta o noventa años. Si extraemos las diferentes hipótesis que existen de los tres autores más analizados en profundidad acerca de la muerte de Pitágoras, enunciadas quedarían de la siguiente manera: 1) que, según Diógenes Laercio en el pasaje XXXIX, Pitágoras murió quemado junto a cuarenta de sus discípulos luego de reunirse en casa de Milón. De otra parte, Jámblico en su pasaje CCXLIX, describe la misma situación, pero en ella solo murieron los cuarenta pitagóricos, al igual que es una hipótesis que defiende Porfirio en su pasaje LV; 2) que, según Diógenes Laercio en su pasaje XXXIX, pudiera haber muerto al encontrarse en un campo de habas que no estaba dispuesto a pisar para cruzarlo en su huida de los siracusanos -lejos de Crotona, como era el caso de (1)-; 3) volviendo a la hipótesis que defienden tanto Jámblico como Porfirio, durante el ataque en Crotona contra los pitagóricos, Pitágoras no se encontraba en el lugar, aduciendo para ello diferentes motivos. Este pudo no haber muerto en aquel instante, algo que daría sentido a que no sabemos con exactitud qué día murió, ni cómo, ni cuándo ni por qué, y donde la anécdota de Diógenes Laercio acerca de que se escondió en una cueva pudiera cobrar sentido – pasaje XLI-; 4) las últimas posibilidades que se exponen son que muriese por ayuno luego de cuarenta días en el Templo de las Musas de Metaponto, según Porfirio -pasaje LVI- y Diógenes Laercio -pasaje XL-.

Así pues, y luego de este breve repaso a los cinco puntos más significativos de la biografía de Pitágoras, nos encontramos en disposición de incidir en sus hechos más relevantes y que acompañaron siempre a su figura. Nos referimos, para empezar, acerca del misticismo que envolvió su persona.

### 3. Misticismo alrededor de la figura de Pitágoras

En este apartado, dividimos en cuatro los aspectos pertenecientes a la faceta mística que se le atribuye a Pitágoras. Lo trazaremos en un orden que guíe el sentido final entre uno y otro. Para esto, nos ceñiremos en los aspectos más relevantes para nuestro interés, así como la elección de los aspectos más significativos para cada sub-apartado.

#### ○ 3.1 *Sobre los thaúmata (o prodigios)*

Son varios los prodigios -y no milagros- que se le atribuyen a Pitágoras. Pese a esto, no debemos desdeñar para este efecto que, al hablar de Pitágoras, nos referimos al siglo VI a.C y el grado de racionalidad en aquella época todavía andaba en la disputa entre el *mito* y el *logos* (tema todavía discutido).

Entendemos por prodigio -de cuño propio- el acto de conseguir un hecho por encima de las capacidades humanas y limitaciones en la naturaleza. Para relatar estos, contamos de nuevo con los testimonios de los autores de las fuentes primarias. A este efecto, somos conscientes de que, más allá de las diferentes lecturas que realizaron los citados autores sobre otros -contemporáneos y antiguos a su época-, también existe una influencia entre ellos mismos a la hora de citar los mismos prodigios, siendo Diógenes Laercio el primero en su relato.

Así pues, nos centraremos en cinco prodigios que se le atribuyen al propio Pitágoras. El primero de todos trata sobre el saludo que realizó un río en su presencia. Según Porfirio de Tiro, en el pasaje XXVII, en un viaje que realizaba junto con otros compañeros mientras cruzaba el Cáucaso, el mismo río “sonoramente le dijo «¡Salve, Pitágoras!», y todos lo pudieron escuchar”. Sobre este mismo relato, Diógenes Laercio -pasaje XI- y Porfirio -XXVII- cuentan el mismo hecho. De dicho prodigio, en la antigüedad los ríos eran concebidos como divinidades, y solo otra divinidad podría hablar con ellos, como es el caso de Pitágoras y el estatus que decía poseer. El tema en cuestión que nos debe introducir este apartado es acerca de si la historia de Pitágoras, como así sugerimos, ha sido enaltecida y acrecentada a base de metáforas y mitos, como solía ocurrir en la antigüedad. Esto nos servirá, más adelante, para trazar un puente entre la figura de Pitágoras y el auge del cristianismo.

El segundo de los prodigios trata acerca de la osa de Daunia. Según Jámblico -y que Porfirio, en XXIII, relata lo mismo- en su pasaje LX, este nos relata que:

Pues dicen que atrapó a la osa de Daunia, que devastaba esta región, y que tras acariciarla durante un

buen rato y alimentarla con trigo y frutas, y tras hacerle jurar que nunca más tocaría a un ser vivo, la dejó en libertad. Y la osa se escabulló directamente entre los montes y los árboles y ya no fue vista nunca más atacando a ningún animal irracional.

En tercer lugar contamos con el también mito del buey. Cuenta Porfirio -Jámblico, en LXI lo expone casi de igual forma- en su pasaje XXIV que:

Una vez vio en Tarento un buey entre unos pastos extensos, paciendo un arbusto de habas, y presentándose ante el boyero le aconsejó que dijera al buey que se abstuviera de las habas. Como el pastor se burló de él y dijo que no sabía hablar la lengua de los bueyes, Pitágoras avanzó hacia el animal y le susurró algo al oído, con lo que no sólo se abstuvo el buey de comer habas, sino que nunca más quiso tocar la planta. Envejeció tras vivir muchos años en Tarento, junto al templo de Hera, siendo llamado «el buey sagrado» y alimentándose de lo que le ofrecían los que pasaban por allí.

El cuarto prodigio gira en torno a la predicción exacta que formuló Pitágoras sobre el número de peces que iban a sacar un grupo de pescadores durante su actividad. Cuenta Porfirio de Tiro en su pasaje XXV que:

Y otra vez que se encontró con unos pescadores que arrastraban sus redes desde las profundidades con una gran carga, predijo cuánta cantidad de peces había, designando certeramente el número, y como los hombres le habían prometido que harían lo que ordenara si resultaba ser así, les mandó que dejaran con vida a los peces al resultar que la cuenta era exacta.

De nuevo, en el caso de Jámblico el relato es casi exacto. El único matiz a añadir es que, según el mismo autor en su pasaje XXXVI, “lo más asombroso de todo es que ninguno de los peces que habían permanecido fuera del agua se ahogó durante el tiempo que se tardó en contarlos”.

El quinto y último prodigio trata acerca de la visión del propio Pitágoras en diferentes puntos del territorio a la misma hora<sup>3</sup>. Es decir: fueron varios los testimonios que dijeron haber visto al citado filósofo en diferentes partes de la geografía, lejanas entre sí y el mismo día gracias a la flecha de Abaris. A este respecto, Jámblico nos cuenta cómo el sacerdote Abaris el Escita, llegado del país de los hiperbóreos, al tener contacto con Pitágoras le hizo entrega de su flecha al quedarse impactado por su figura. De dicha flecha, nos cuenta Jámblico en el pasaje XCI que:

con ella podía atravesar lugares inaccesibles, como por ejemplo ríos, lagos, pantanos, montañas y lugares semejantes, y hablando con la flecha, según se cuenta, cumplió ciertas purificaciones y expulsó

---

3 Como nos relata Jámblico en su pasaje XXVIII.

pestes y vientos de las ciudades que le pidieron que fuera en su ayuda.

Así pues, dichos prodigios son tan solo algunos de los que llevó a cabo, como el referente al águila -según Jámblico, LXII, y Porfirio en XXV-, el cadáver en el barco – según Porfirio, XXVIII -, y la muestra de su muslo de oro, entre otros, a Abaris -Porfirio, en XXVII, y Jámblico en XCII-. A parte de ellos, también se hace referencia en Pitágoras algunos poderes como el recordar vidas pasadas. Esto explica el siguiente punto: su poder sobrenatural por realizar dichos actos tan solo hace que sea emisario de los dioses, o un dios.

### ○ 3.2 *Emisario de los dioses*

Todo lo anterior debemos apreciarlo en un contexto en el que Pitágoras era apreciado poco menos que como un “semi-dios” o incluso un “dios”. Tanto fue su impacto y efecto que, como posteriormente intentaremos analizar en el apartado en torno a su filosofía, influyó sobremanera en los filósofos posteriores a él como Platón.

Sin embargo, y como ya hemos resaltado, nada de humano tienen los hechos y prodigios que se atribuyen a Pitágoras. Pero, precisamente por la descripción empleada de “nada humano” que hacemos referencia en sus actos, es cuando cabe la posibilidad de analizar a Pitágoras desde un punto de vista “no-humano”. Es decir: un dios.

Si recordamos, en el apartado (2) empezamos esgrimiendo cómo el propio nombre de Pitágoras nos otorgaba una pista de lo que, bien por imposición popular o bien por iniciativa propia, se designaba a él mismo como un dios. En este caso, Apolo. Y, viendo la capacidad natural y sobrenatural que poseía el propio Pitágoras, no es nada desdeñable que tuviera -o pensara tener- la legitimidad suficiente para poder hacerlo. A estos efectos, podríamos entender su nombre como el mejor reclamo para ser observado ya con diferentes ojos cuando cualquier persona lo escuchara por primera vez, para posteriormente contemplar alguna de sus capacidades si las tuviera.

Sea como fuere, Pitágoras era visto por su capacidad como un dios. Sobre este aspecto, es De la Fuente, en su obra “Vidas de Pitágoras”, quien mejor nos introduce en él. Para ello, el autor emplea de diferentes conceptos tales como el *theios aner*, *homo nominosus*, *isótheos*, *antítheos*, *theiazo* y *daimon*. Las traducciones a dichos vocablos las entendemos como «hombre divino», «hombre santo», «igual a los dioses», «como un

dios», «el que habla en nombre de un dios» y «actor divino o genio»<sup>4</sup>, respectivamente.

Así pues, sobre la interpretación de los conceptos y las traducciones empleadas por De la Fuente, poco más cabe añadir, pues son meridianamente claras en relación a las características y hechos que se le atribuyen a Pitágoras. Y, sobre este hecho, cabe resaltar la visión del mismo autor, que ante los hechos y prodigios ya esgrimidos por parte de Pitágoras, caben dos apreciaciones, resumidas como:

La primera se refiere a su labor de mediación con el mundo de lo divino, que ha sido interpretada en clave religiosa en la historia de la cultura griega y que hace del Pitágoras legendario un salvador de la raza humana enviado por los dioses [...] La segunda vertiente se refiere a la prerrogativa de este mediador para unir a la comunidad mediante los vínculos inquebrantables de la identidad religiosa y para intentar construir en la tierra un tipo de sociedad que refleje los modelos divinos (2019: 15-16)

De la cita de De la Fuente, y de los anteriores conceptos empleados para definir a Pitágoras, extraemos que, a partir de su obrar -en el que se incluyen los prodigios- y la sabiduría que fue adquiriendo a lo largo de sus viajes, maestros y contacto con otras culturas, Pitágoras desarrolló un poder en torno al conocimiento sobre la naturaleza que fue admirado por muchos y malinterpretado o enaltecido por la gran mayoría. Sobre él, como si de un mago se tratase, empezó a forjarse una leyenda que, trascendiendo aparentemente lo terrenal por su capacidad, debía ser encumbrado al mismo nivel que los dioses. Es decir: Pitágoras fue, sin ningún tipo de duda, un hombre habilidoso en su afán por el aprendizaje en muchos y muy diferentes terrenos del saber, hasta el punto de ser confundido con un simple mortal por la incapacidad de estos de entender lo mismo que él profesaba. Por esto, no encontramos en absoluto desacertado que, ante el asombro por lo escuchado y contemplado, es más sencillo ensalzar la figura de un personaje hasta cotas insospechadas como las ya enunciadas en torno a sus prodigios. De esta forma, de nuevo De la Fuente nos expone de forma acertada que:

el concepto de hombre divino, sin embargo, no se circunscribe a la filosofía metafísica o política; puede aplicarse a otras áreas del saber (antropología, sociología, derecho, historia de las religiones y las ideas), así como contribuir a un mejor conocimiento general de la raza humana. (2019: 21)

Al respecto, podemos entender el impacto de Pitágoras en los territorios donde fue aclamado y seguido, caso de Crotona o Sibaris, donde solo encontró la resistencia de los

---

4 Consultar en De la Fuente (2019: 20-24). En el caso del *daimon*, vuelve a existir un vínculo con Sócrates, pues también poseía un *daimon*.

poderosos en esos territorios. Precisamente esa resistencia viene determinada por un choque entre los poderes: el de los que lo poseían y ejercían para su interés, y el de los demás lugareños que vieron en Pitágoras “el descenso de lo divino” para seguir con sus dictámenes. Por este motivo, Pitágoras tuvo que exiliarse de diferentes territorios.

Volviendo a la penúltima cita de De la Fuente, si bien lo primero ya lo hemos explicado, lo segundo es consecuencia directa de ello: un ser capaz de deslumbrar a la gran mayoría de las gentes, tiene la capacidad y la potestad para, en nombre de los dioses -que es él mismo-, implementar sus ideas, que serán concebidas como el descenso terrenal de lo celestial. Por ello, es de nuevo De la Fuente quien nos expone que gracias a esto “la primera figura de hombre divino de la que tenemos noticia, que supo reunir a su alrededor un grupo doctrinal de este tipo, fue, sin duda alguna, Pitágoras de Samos”(2019:21).

### ○ 3.3 *Vida de su escuela*

Todo lo anterior influyó para que Pitágoras creyese y tuviera el poder suficiente para “crear escuela”, y nunca mejor dicho. ¿A qué nos referimos con dicha apreciación? Pues bien: es del todo conocido por el que se interese acerca de la vida de Pitágoras que, en lo que concierne a este, fundara la primera escuela donde impartía sus conocimientos y aplicaba su estilo de vida.

Para este propósito, y a lo ya especificado de su vasto conocimiento, Pitágoras hizo gala una vez más de su agilidad mental y de psicología de masas. Nos sirve para describirlo el ejemplo que nos expone Jámblico en sus pasajes XXI a XIV: si bien todavía no existía su escuela, Pitágoras se aprovechó de un pobre menesteroso que encontró a las puertas de un gimnasio. En la primera conversación que mantuvieron le expresó que, si a cambio de procurarle el cuidado y cubrir sus necesidades diarias en torno a la alimentación, le seguiría en sus enseñanzas; de otro modo, por cada figura geométrica que él le enseñase y aprendiera, le gratificaría con tres óbolos. Pero, una vez el joven se interesó por el aprendizaje y ya no se alejaría voluntariamente de él, Pitágoras fingió pobreza y falta de recursos, y fue el joven quien se ofreció a recompensarle por sus enseñanzas.

Ya expandido el nombre de Pitágoras y la admiración de muchos por su figura, el surgimiento de la escuela y los alumnos que acudían a ella fue cosa de tiempo. La manera de escoger a los que serían sus discípulos podemos secuenciarla de la siguiente

forma<sup>5</sup>: 1) preguntar acerca de la relación con sus padres, aguantar la risa en momentos inoportunos o si hablaban más de lo necesario; 2) si pasaban el primer examen, se trabajaba en su humildad durante tres años, con el objetivo de visualizar si su ansia por el aprendizaje era honesto; 3) posteriormente, eran exhortados a guardar silencio durante cinco años; 4) entregaban a su entrada todos sus bienes y posesiones para ponerlos a disposición del grupo; 5) los que superaban las anteriores pruebas eran llamados *esotéricos* y podían ver y escuchar dentro del velo al maestro Pitágoras -antes de eso, solo le escuchaban detrás del velo, por lo que eran llamados *exotéricos*-; 6) si no superaban las pruebas, eran recompensados con el doble de los bienes que habían aportado y expulsados, tratándolos como muertos y que no habían sido vistos por parte de los pitagóricos nunca, a la vez que eran ignorados si se cruzaban en el camino de algún pitagórico. A su vez, ya aceptados por la propia escuela, eran divididos entre acusmáticos y matemáticos<sup>6</sup>. Y, de otra parte, también existía la figura de los *políticos*, *administradores* y *legisladores*<sup>7</sup>, que se encargaban por lo general de la administración de los bienes y la convivencia.

En cuanto al estilo de vida o *cenobitismo* practicado en la escuela, la mayoría de reglas aplicadas consistían en las asumidas por el propio Pitágoras. De ellas, muchas tenían que ver con los aprendizajes obtenidos de sus maestros y los viajes a diferentes puntos. A destacar, podemos desglosarlas como sigue<sup>8</sup>: 1) abstinencia de carne y vino; 2) silencio reverencial y quietud absoluta; 3) horas y el gusto por el descanso; 4) respeto a los mayores y benevolencia con los iguales y menores.

Una vez expuesta la anterior información, cabe ahora formularnos la pregunta crucial: un lugar con unas normas tan rígidas, prácticas ascéticas, y con la excusa de impartirse lecciones, ¿debe considerarse escuela o puede apreciarse como secta?

Para contestar dicha pregunta, y a fin de otorgar luz a este efecto, Casadesús (2002:22-23)<sup>9</sup>, expone las características esenciales que conllevan a catalogar a la escuela pitagórica como secta por sus prácticas, y que describimos según nuestras palabras -respetando su exposición-:

---

5 A partir del capítulo XVII de Jámblico.

6 Según Casadesús (2002: 28) en “Pitágoras: legendario fundador de la primera secta filosófica”, esta diferencia reside en ser los acusmáticos no fructíferos para las enseñanzas más **ahondas**, mientras los matemáticos poseer una capacidad especial para ellas.

7 Según Jámblico en XXX y LXXXIX.

8 Extraídas de Jámblico en LXVIII y LXIX.

9 En el mismo artículo de “Pitágoras: legendario fundador de la primera secta filosófica”.

- a) Estilo de vida diferente al funcionamiento corriente de la sociedad en la que se inserta.
- b) Normas de obligado cumplimiento por parte de los participantes y en los cuales se basa el funcionamiento de la organización.
- c) Una organización de la secta que gira en torno a reuniones frecuentes y propiedades en común.
- d) Un grado de implicación estrecho de los participantes en la secta en torno a una sagrada escritura o la figura de un líder, la distinción tajante entre los “internos” que forman parte de ella y los “externos” que no, y conducta de rechazo y persecución contra los apóstatas que se separan de la secta y que son considerados traidores.
- e) Tendencia a la reproducción en el tiempo y de sus enseñanzas por parte de la secta.
- f) Movilidad de los miembros de la secta a otros puntos geográficos para la extensión de la misma.
- g) Jerarquía entre los miembros distinguida por su antigüedad, conocimientos o responsabilidades.
- h) Inclusión de los dos sexos dentro del organigrama de la secta, con el que se garantiza la práctica de relaciones sexuales entre ellos y, de esta forma, garantizar la perpetuación de la organización gracias a los nuevos miembros engendrados dentro de la misma.
- i) Captación de jóvenes inexpertos a los que se les adoctrina según los preceptos de la secta.

Es por estos motivos que, una vez analizado el *modus operandi* de la escuela pitagórica, cabe apreciarla más bien como una secta, pese a dentro de ella impartirse los conocimientos que había acumulado su líder.

#### ○ 3.4 *Metempsychosis*

Decidimos dejar este apartado como el último del bloque para sintetizar lo expresado hasta ahora: la figura divina que representaba Pitágoras, donde solo él podía materializar algunos prodigios -en los que, de otra parte, ya hemos esgrimido la simpatía de los autores por exagerarlos- y que por eso causó sensación y devoción entre muchos, debía

materializarse en algún aspecto insignia. Nos referimos, pues, a la *metempsychosis*.

Sintetizando, por *metempsychosis* entendemos lo que comúnmente ha sido forjado como “transmigración de las almas”. A este efecto, otras religiones -como la budista- y autores -como Platón<sup>10</sup>- se han hecho eco de ello.

Se arguye que fue Pitágoras el primero en introducir dicho concepto en Grecia. La duda que nos precede, y también por influencia de los autores, es si fue su maestro el que la introdujo. Sea como fuere, existe consenso en afirmar que fue el citado Pitágoras quien así lo hizo, y muy posiblemente por influencia o bien de su maestro Ferécides, o bien por sus viajes, o bien por las dos.

Pero, ¿cómo describía Pitágoras tal término? Al respecto, podemos consultar de nuevo las fuentes sobre las que nos apoyamos a lo largo de la realización de este trabajo. Así pues, Diógenes Laercio, en su pasaje XIV, afirma sobre lo que exponía Pitágoras acerca del tema que “el alma describía un círculo necesario, metamorfoseándose y siendo revestida por seres vivos diferentes”. De otro modo, Porfirio argumenta en el pasaje XIX que:

es bien conocido entre todos que afirmaba que el alma es inmortal y que se trasladaba a otros géneros de animales, y, además de esto, decía que, según períodos establecidos, todas las cosas ocurridas pasaban otra vez y que simplemente no había nada nuevo, y también que había que considerar de la misma estirpe a todos los seres dotados de alma.

Asimismo, Jámblico -LXIII-, sobre el mismo tema, expone que “recordaba con distinción y claridad [...] la vida anterior que su alma había vivido hacía tiempo, antes de estar atada al cuerpo que tenía entonces. Y mostraba con pruebas irrefutables que había sido Euforbo, hijo de Pántoo, el vencedor de Patroclo”.

Sobre la anterior cita, Jámblico nos encamina a un nombre propio: el de Euforbo, sacerdote del dios Apolo, que muere a manos de Menelao. Dicho personaje es reconocible en la obra magna de Homero, la *Iliada*, y Pitágoras se atribuye haber sido tal ser en vidas pasadas. De nuevo, la aguda habilidad de Pitágoras nos lleva a grandes personajes reconocidos en toda Grecia, como el de Euforbo y del que el mismo Homero -admirado por todos, incluso por Heráclito reconocido como “el más sabio de todos los helenos”<sup>11</sup>- ya habló. A esta artimaña reconocemos la simpatía que tenía por la elección

---

10 En Platón, bien conocida es su teoría sobre la reminiscencia. Entre otros lugares, podemos encontrarla en el mito del carro alado en su diálogo *Fedro*.

11 Fragmento 56 en DK.

de seres divinos y alimentar su figura.

Con dicha pretensión, y en boca de Porfirio -XLV- sobre sus anteriores vidas, se refería a ellas diciendo que había sido “primero Euforbo, luego Etalides, en tercer lugar Hermótimo, en cuarto Pirro, y ahora Pitágoras”. Lo mismo reproduce Diógenes Laercio en su pasaje V. ¿Quién sino alguien semejante a un dios, y de poderse reencarnar, podría recordar quién ha sido? Y, a decir más y por la sensación que causó la nueva idea en el territorio griego, ¿quién no quedaría admirado por tal idea, sin capacidad crítica ante tal aspecto -por ser de los más sabios- y dejándose embelesar por las palabras de tan respetado personaje?

La propuesta, sin embargo, no terminaba ahí e hizo de ella un concepto ampliado a otras formas de su vida. Tal es el ejemplo que nos muestra Diógenes Laercio, en su pasaje XXXVI y según los versos de Jenófanes, expone que Pitágoras al visualizar a un hombre maltratar a su perro le increpó diciéndole “«Detente, no le pegues, pues es el alma de un querido amigo la voz que reconocía mientras aullaba». Por lo anterior, cabe ahora la siguiente reflexión: partiendo de la premisa de la *metempsicosis*, y haciendo gala del respeto de todo el mundo por Pitágoras y sus propuestas, este tuvo facilidad absoluta para hacer de esto un símbolo de su secta pitagórica. Nos referimos a la no ingesta de carne por parte de sus discípulos, y por evitar hacer uso de los animales en sacrificios, como también nos cuentan las fuentes primarias de los autores consultados.

Por todo, cabe apreciar que el misticismo de Pitágoras en torno a sus prácticas y máximas, tiene una doble lectura: la primera que, guiado por sus aprendizajes, posiblemente fuese un ser aventajado por su conocimiento y que este pudiera confundir a la audiencia; la segunda, y regida por la anterior, que no dudó de utilizar de dicho conocimiento para labrarse un lugar entre los más altos personajes de la época, beneficiándose de esto.

Una vez que conocemos el Pitágoras místico -y divino-, como ha sido nuestra intención exponer en este apartado, cabe ahora profundizar en aquellos aspectos más filosóficos y que, en contrapartida hasta ahora lo interpretado, harían de él un ser terrenal adelantado a los saberes de su tiempo.

#### **4. Filosofía alrededor de la figura de Pitágoras**

Pero no todo lo relacionado con Pitágoras nos lleva al revestimiento de un personaje

místico. Muy al contrario, existen multitud de aspectos en los escritos que nos advierten del poder filosófico de Pitágoras y cómo lo mostraba. El problema, no obstante, es lo ya adelantado: en ocasiones es difícil distinguir hasta dónde llegaba su filosofía sin que fuera mezclada con el misticismo.

En este apartado profundizaremos acerca de dos aspectos fundamentales para la comprensión de lo último: de un lado, incidiremos en la crítica de Heráclito sobre el perfil del *filósofo* y lo que el propio Pitágoras esgrimía en relación a las funciones de este; en segundo lugar, y una vez expuesto este breve pero necesario tema, nos adentraremos en el conjunto de prácticas filosóficas que podemos extraer de su obrar, pues ni son pocas ni desdeñables.

#### ○ 4.1 *El nacimiento de la filosofía: del sabio al filósofo*

Cabe precisar, en este mismo instante, cómo la filosofía empieza a tomar forma en Grecia a partir de Sócrates en adelante. Hasta entonces, los personajes que sobresalían eran denominados como “sabios”<sup>12</sup>, y comúnmente se distinguían por el gusto del conocer y que habían adquirido el conocimiento con el paso del tiempo y la contemplación sobre sí mismos y sobre lo que les rodeaba. Heráclito era, bajo esta definición, una de las muestras de tales sabios.

Pero, he aquí que, ante el hecho de la sabiduría que nacía de uno mismo, también cabía la posibilidad de ir en su búsqueda. O lo que es lo mismo, la erudición: recorrer los diferentes territorios y personajes para empaparse de sus conocimientos. No cabe duda, pues, que en el caso de Pitágoras estamos hablando de lo segundo, y que ya dejamos esclarecido páginas más arriba.

Ante tal conocimiento, y ante las críticas que podía recibir el propio Pitágoras por no ser profesado como sabio, este tuvo que tejer de nuevo una estratagema para salir airoso y ser reconocido por sus enseñanzas. ¿Cuál fue su propuesta? Diógenes Laercio, en su pasaje VIII, nos relata que “Sosícrates, en sus *Sucesiones*, narra que cuando Leonte, tirano de los filiasios, le preguntó quién era, Pitágoras respondió: «Un filósofo»”. De otro modo, Jámblico, en el pasaje XLIV, nos cuenta sobre el tema ahora analizado, que Pitágoras contaba que:

mientras aquellos que corren más rápido que los demás en Olimpia representan a una sola ciudad frente a siete, los que aventajan a los demás en sabiduría son solo siete<sup>13</sup> frente a todos en el mundo

---

12 En la misma obra citada en la nota (2) a pie de página de García Gual.

13 Como bien nos indica De la Fuente (2019:445) en su nota 47 en “Sobre la vida pitagórica” de

habitado. En su época, Pitágoras era el más aventajado de todos en cuanto a la filosofía: y se llamaba a sí mismo con tal nombre en vez de «sabio».

Es cristalino, pues, cómo Pitágoras creó de la nada un nuevo vocablo con una doble perspectiva: fomentar un “vacío legal” en referencia a alguien que no puede ser definido como sabio en su época, pero, a la vez, no poder ser rehusado como tal. Si nos detenemos a analizar la propia palabra, su formulación tampoco fue para nada inconsciente: a los denominados sabios, el concepto que se le era asignado era el de *sophós* (σοφός), mientras que, tomando la misma raíz del término, Pitágoras le añadió un prefijo, trascendiendo a *fileîn* (φιλεῖν) y *sofia* (σοφία). Es decir: Pitágoras hacía gala que, lejos de ser un sabio, él profesaba amor por el conocimiento. De ahí sus constantes viajes para encontrarlo y su acumulación, y de ahí a definirse como filósofo.

Para tal propósito, el mismo Pitágoras trazó una perfecta metáfora con los juegos olímpicos para que fuese entendida bajo su actividad y el nuevo vocablo que creó para esto. Jámblico, en su pasaje LVIII, nos lo cuenta de la siguiente manera:

Hay quien se apresura para llevar mercancías por el dinero y las ganancias; otros, que exhiben el vigor de su cuerpo, se llegan allí por la gloria; pero hay un tercer tipo, el más libre, que se reúne para contemplar el espectáculo del lugar, las hermosas creaciones de los artesanos y los hechos y palabras que demuestran virtud y que se suelen exhibir en los festejos públicos.

Sobre lo anterior, cabe apreciar en las palabras de Pitágoras el papel de los seres en la vida: los comerciantes representan el deseo por las riquezas, los atletas por el poder y el gobierno, mientras que los filósofos son los que analizan todo y pueden someterlo a crítica, pues están libres de cualquier interés más allá del conocimiento. De tal manera, observamos en Pitágoras el grado de respeto que confiaba a su actividad.

Sin embargo, su visión no fue aceptada por todos. Heráclito, haciendo gala de su mordaz *lengua viperina* ante esta particular distinción elucidada por Pitágoras, no tolera el propósito del filósofo de Samos. Ante esto, Heráclito profesó<sup>14</sup> “el aprendizaje de muchas cosas no enseña a comprender, de lo contrario hubiera adocinado a Hesíodo y Pitágoras, y luego también a Jenófanes y Hecateo” para añadir, posteriormente “Pitágoras, cabecilla de embusteros”<sup>15</sup>. Cabe una explicación desde la perspectiva

Jámblico, se refería a los siete sabios. Según Burkert, en su artículo “Plato or Phitagoras?” de 1960, dicha alegoría no pertenece a Pitágoras y sí a Platón, siendo aplicada al primero a partir de los autores que hablaron de su vida.

14 En DK, fragmento 81.

15 En DK, fragmento 81.

heraclitana sobre lo dicho: acerca de Heráclito, si consultamos los viejos fragmentos que se le atribuyen, podemos observar cómo este entendía su sabiduría por el trabajo realizado sobre sí mismo, yendo al fondo de las cuestiones y su propio pensamiento. De ahí que, por lo general, la tolerancia de Heráclito sobre el resto de la población no fuese de especial simpatía, al reconocer en él mismo el elemento elitista de la capacidad intelectual que le diferencia del resto, *polloi kakoi*. Por esta misma razón, Heráclito expresa su malestar para con Pitágoras por no haber conseguido la sabiduría mediante su proceso y haberlo realizado a través de malas prácticas, o *kakotechnie*. Además, no solo la manera de obtener el conocimiento le parece, a ojos de Heráclito sobre Pitágoras, un proceder nefasto y erudito, pues también la manera en que expone este para los demás está plagado de misterios.

Sin embargo, por todos es sabido cómo Pitágoras, al trazar tan distinguido vocablo en su momento y con pronunciado interés, procuró la aparición de lo que hoy en día estamos realizando sobre estas páginas: la filosofía.

#### ◦ *4.2 Elementos filosóficos en las prácticas pitagóricas*

Una vez explicados el relato sobre la aparición de la filosofía y del misticismo que rodeaba a Pitágoras, cabe ahora preguntarnos e incidir sobre si sus prácticas contuvieron atisbo alguno de filosofía.

Para ello, hemos tenido la iniciativa de elaborar un pequeño diccionario en el que recogemos, según los relatos de Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico (que parafraseamos con nuestras palabras aún citando los pasajes para su consulta directa), sus principales acciones y un breve análisis sobre ellas, así como una analogía acerca de las temáticas y el conocimiento que poseemos en nuestros días. El objetivo consiste, pues, en inculcar en el lector la duda acerca de si las prácticas pitagóricas podrían ser encasilladas como filosóficas por su contenido de análisis en temas tan diversos como la epistemología, política, moral o metafísica e, incluso, visión científica. A esto nos referíamos cuando incidimos en que era un personaje avanzado a su tiempo que se confundió con un dios.

1. Sobre la prohibición de beber vino y comer carne (Diógenes Laercio: IX,XIII,XV; Porfirio : XXXIV, XLIV; Jámblico: XIII)

Quizás inducido por su visión acerca de la *metempsychosis*, en Pitágoras tampoco cabe desatender la hipótesis de evitar la carne por sus efectos nocivos. Para dicho

aspecto, exponemos cómo usaba de esta para el posible entreno de atletas y que esto, hoy en día, conocemos por su riqueza proteica en la regeneración de los músculos con la práctica del deporte. Sin embargo, diferentes estudios nos adentran en que el excesivo consumo de la carne puede ser perjudicial a muchos efectos, lo que otorgaría sentido a las distintas opiniones de los autores citados en que solo en ocasiones permitía el consumo entre sus discípulos (a su vez, esto iría ligado a su visión sobre la “templanza”, es decir, ni exceder en su consumo ni incidir en un déficit). De otro modo, también existen diferentes estudios que relacionan el carácter y humor de las personas con la carne, por su contenido en hormonas (que, a su vez, podría otorgar sentido cuando se dice en Pitágoras que poseía un dominio entre la tristeza y la alegría).

En cuanto al vino y su prohibición, es meridianamente sencilla, pues por todos es sabido los efectos del néctar de Dioniso sobre los sentidos. A ojos de Pitágoras, esto prohibiría de las facultades tanto a él como a sus discípulos. Sin embargo, tampoco rechazamos la visión de la prohibición en su ingesta por querer preservar el secreto pitagórico, pues bajo los efectos de las bebidas espirituales, la lengua no rige a los dictámenes del cerebro. Por último, y sobre el control de las pasiones, el vino sería un enemigo para dicho propósito.

2. Sobre la amistad (Diógenes Laercio: X; Porfirio: XXXIII; Jámblico: LI, CI, CII)  
Acerca del citado tema, no puede desligarse sobre los bienes en común en Pitágoras. Esto procede por un elemento de cohesión: fomentar el sentimiento de pertinencia era condición *sine qua non* para el mantenimiento de la secta pitagórica, y esto viene condicionado porque todos sus participantes se sintieran incluidos en la misma secta. De este modo, cabría esperar ante esta visión de la amistad que persiguiera dicho fin. Por ello, se dice de Pitágoras que tomaba amistad con los suyos, y que cuidaba de ellos en la enfermedad otorgándoles *arreglos musicales*.

Por otra parte, también se atestigua sobre la amistad que Pitágoras predicaba sobre no incidir en conflictos entre los amigos, en una lectura preventiva. De darse el caso, también optaba por una visión conciliadora en la que los implicados debían analizar quién debía ceder para el bien común, adentrándonos en lo que hoy en día se conoce por mediación y resolución de conflictos, pese a él profesarlo en nombre de la justicia -y esta ser lo que gobierna el cosmos en su

harmonía-. Ante este hecho, denotamos cierto elemento que posteriormente podría ser afín a la filosofía epicúrea y sobre el hedonismo en la fraternidad. A su vez, el propio Pitágoras exhortaba entre sus discípulos a adquirir una política de no agresión jamás -pese a ir su mensaje dirigido ante todo a los más jóvenes en su educación integral-, algo que ligaría con esta visión que definimos, o también pudiera ser entendida como el evitar la rebeldía contra sus propios intereses -nos referimos al mantenimiento de su figura y secta-.

3. Sobre los bienes en común (Diógenes Laercio: X; Porfirio: XX, XXIII; Jámblico: XLVI)

Pese a ser una medida política para el funcionamiento de la propia secta, no podemos privar a esta iniciativa de un elemento filosófico. Los elementos a analizar para ello provienen, precisamente, acerca del concepto de amistad que practicaba e inculcaba Pitágoras entre los suyos. Asimismo, cabe introducir también en este apartado el tema de la justicia, pues entre los consejos pitagóricos a gobernantes y ciudadanos -por los que se inclinaba por no haber nada superior a las leyes, pues son las que otorgan la igualdad y estabilidad-, se debe entender una analogía entre la patria<sup>16</sup> y la organización sectaria, procurando en ella el cuidado por el bien común y su administración encaminada a que siguiera perpetuándose como un objeto de herencia hacia los que llegasen en tiempos venideros. Pitágoras argumentaba, pues, que esto solo podía conseguirse mediante la justicia, con su consecuente aplicación dentro de la secta.

Por ambos sentidos, la propiedad comunal pasa a ser concebida no como una imposición, sino una simpatía a desarrollar entre los componentes de la secta sobre el concepto. No obstante, estamos del todo de acuerdo con el análisis que realizaron Casadesús o el propio De la Fuente -en las obras ya citadas- a que la organización debía ser entendida como una secta en nuestros días, y ser la amistad una perfecta excusa para su mantenimiento.

4. Sobre la dieta (Diógenes Laercio: XIII, XIX, XXIV; Porfirio: XXXIV, XLIII, XLIV; Jámblico: CVI-CIX)

Dicho aspecto bien pudiera ir de la mano con el tema de la carne. Como bien

---

<sup>16</sup> Encontramos en este aspecto una influencia directa con Platón en la tripartición del alma que expone en su obra *La República*.

esgrime Diógenes Laercio, la prohibición de la carne podría acompañar la *metempsychosis*, pero también buscaba un efecto sobre sus discípulos por asumir una vida sencilla -en relación a no consumir alimentos que tuvieran que ser cocinados y que pudieran provenir directamente de la naturaleza para su ingesta-. Lo último tendría relación por lo que asimismo defienden los tres autores, al decir de Pitágoras y los suyos que consumían, en mayor medida, miel, pan de mijo, cebada, vegetales y fruta. Es decir: podemos asegurar a todos los efectos que en torno a la alimentación, la práctica pitagórica era cercana a la práctica ascética.

Sobre las habas- distinguido símbolo pitagórico del que se prohibía su consumo entre la secta-, caben dos apreciaciones. La primera, y en boca de Porfirio, encaminada contra un símbolo de la naturaleza y la divinidad, pues bajo la interpretación pitagórica y los diferentes usos que se podían hacer con las habas al masticarse o sembrar, estas tenían olor a esperma, o se podían confundir con un feto humano o los órganos de una mujer. Es decir: un atentado contra la vida o lo que la crea, que se atribuye a la voluntad de los dioses, y ya hemos esgrimido la divinidad de Pitágoras. La síntesis sería: ¿cómo un dios puede permitir atentar contra la creación de vida? Sin embargo, decidimos incluir aquí el tema de las habas por encontrar más acertada la visión que nos aporta Diógenes Laercio, al decir sobre esto que se prohibía su consumo por provocar gases y alterar el sueño, y la importancia que otorgaba Pitágoras a este efecto, siendo esta interpretación respaldada por la ciencia hoy en día. Siguiendo esta lógica, el caso de la carne pretendía alcanzar la doble vertiente que también defendimos en el primer apartado.

5. Sobre el desprecio por la fama y la riqueza (Jámblico: LXIX)

Podemos interpretar sobre esta medida lo ya expuesto en los apartados (2), (3) y (4), así como por la templanza -de la que hablaremos posteriormente-. La síntesis es la siguiente: tanto los bienes en común y la alimentación, basados en la renuncia por los grandes lujos y pasiones individuales, enfortecen asimismo la amistad, los vínculos y el reconocimiento del otro como “yo”. Cabe también apreciar la dominación de las pasiones, como el estoicismo o el propio Aristóteles relata en su filosofía. Asimismo, resulta antinómico el hecho de querer poseer riquezas y fama sin que esto menoscabe en los intereses de los

otros, una de las máximas de la secta pitagórica en torno a la amistad y los bienes en común. Como podemos observar, la práctica ascética estaba comúnmente ligada a diversos aspectos y muy instaurada en todos los preceptos de la vida pitagórica.

6. Sobre la templanza (Porfirio: XXXV, XL; Jámblico: XLI, CXIV, CXXIII)

Quien más incide en lo que entendía por templanza es Jámblico. Por él, entendemos la visión de Pitágoras sobre el deseo como algo que debía manifestarse tan solo en la niñez, haciendo de la madurez y el conocimiento ir de la mano para domesticar las pasiones. Este hecho no haría más que acentuar el postulado acerca de la amistad y el desprecio por la fama y la riqueza, al ser estas una de las pasiones más bajas conducidas por el deseo. A su vez, y como ya apuntamos en el apartado acerca del consumo de carne y los efectos adversos hacia el ánimo que se estudian hoy en día, trazamos cierta relación que podrían influir en el ánimo el ascetismo sobre ella.

De otro modo, dicha templanza podía ser también manejable en el propio estado de ánimo. Porfirio relata sobre Pitágoras que jamás se le observó ni excesivamente alegre o triste, llorar o reír, o preso del placer ni vencido por la angustia. La templanza resuena, una vez más, como un ascetismo radical: la austeridad incluso para las propias emociones. No obstante, encontramos en dicho elemento un concepto básico e imprescindible en la moral pitagórica, ampliable a otros aspectos ya comentados.

Y si de moral hablamos, existe en Pitágoras un ritual que no puede ser separado de este aspecto: el ritual al acostarse y nada más levantarse. Para ello, Porfirio nos cuenta a partir de unos versos -del que no cita el autor o fuente de los que los extrae- que Pitágoras recomendaba justo al irse a dormir repasar tres veces los actos desempeñados a lo largo del día. Estos se dividían entre las preguntas: “¿qué ha pasado?”, “¿qué he hecho?” y “¿qué tenía que haber cumplido?”. Mientras, su recomendación al levantarse era contemplar las acciones que se tendrían que ejecutar a lo largo de la vigilia. Cabe esperar de este hecho -del que denotamos una implacable similitud con el cristianismo y el rezo, así como la introspección- la materialización del ascetismo en relación a la planificación, pues el repaso de las acciones al final del día otorga un dulce sueño y almohada en la que dormir, mientras que el propio sueño puede remover el ánimo al

despertarse, encauzando las acciones ante esto. Por lo último, no cabe desatender la influencia que tendría la cena ligera y el tipo de comida para la conciliación sanadora del sueño, y evitar así pesadillas, en relación a la ingesta de según qué tipo de alimentos. Tal aspecto evitaría levantarse con el ánimo revuelto.

7. Sobre la educación integral (Diógenes Laercio: XXX; Porfirio: XXXVIII, XLVIII-LII; Jámblico: XLII, LXXXIX)

Por educación integral entendemos el tipo de educación que Pitágoras practicaba en conjunto hacia sus discípulos. Esto es: el conjunto de saberes que eran expuestos para los suyos. Por ello, Jámblico nos cuenta cómo Pitágoras exhortaba a los jóvenes a introducirse dentro de la educación integral, pues perseguía el conocimiento, y este es el arte más noble y su fama dura hasta la muerte. Las enseñanzas, pues, son diversas y de diferente calado – además de las ya enunciadas-, y que intentaremos desglosar en las más significativas.

Diógenes Laercio nos cuenta sobre cómo Pitágoras entendía la división del alma en el cuerpo humano. A saber: la inteligencia, el entendimiento y el ánimo<sup>17</sup>. Pitágoras defendía que la inteligencia y el ánimo está presente en otras razas de seres vivos, pero el entendimiento tan solo en el ser humano. Por ello, la educación integral y su actividad filosófica se encaminan a ampliar esta para domesticar las otras dos y la naturaleza, al estilo de Odiseo.

Entre otras lecciones, nos advierte Porfirio que también inculcaba en sus alumnos la idea de que todo está gobernado por opuestos, pese a existir una armonía según Pitágoras. Esta idea la reconocemos ya en Heráclito que, pese a su crítica a Pitágoras, el último compartía su visión. Desconocemos si por influencia directa de sus discursos o, de otra parte, provenir de sus maestros y la simpatía por los saberes de los eleatas y efesios.

De otra parte, Pitágoras es reconocido por su condición de matemático y su famoso teorema. A este efecto, también incluía entre sus enseñanzas la geometría y los números. Acerca la geometría, Jámblico nos adentra en la idea de que esta fue divulgada al permitirse a los alumnos pitagóricos que habían perdido su fortuna enriquecerse mediante las enseñanzas<sup>18</sup>. Acerca de los números,

---

17 Nos remitimos a la nota 29 en De la Fuente (2019:437) en la “Vida de Pitágoras” de Diógenes Laercio, pues la tripartición pitagórica es exactamente igual a la platónica, y su analogía con el estado.

18 En De la Fuente (2019:449), “Sobre la vida pitagórica” de Jámblico, en la nota a pie de página 100 argumenta que quien así lo hizo fue Filolao.

profesaba entre los suyos – según Porfirio- que estos tienen una relación con la geometría, pues a partir de esto se puede representar lo incorpóreo, y existe un símil entre la palabra y las letras para representarla, siendo así lo mismo entre los números y las figuras. De esta forma, se distingue el Uno como la unidad, la identidad y la equidad; el dos como la división de esa misma unidad, lo que permite cambio; el tres como significación del origen, el punto intermedio y el final; por último, todos los números del uno al nueve conforman la *década*<sup>19</sup>, el más perfecto, pues contiene todos los números, la unidad y la división, lo tripartito, etc. Ante esto, debemos recordar también la figura que representa dicha idea, que no es otra que la *tetraktys*, un triángulo dividido en tres niveles que contiene dentro de sí diez triángulos que escenifican todos los números posibles. Ante dichas enseñanzas de la educación integral, observamos en la matemática y la geometría una ligazón con la idea de los opuestos, donde el uno puede repercutir en dos, y este a su vez en tres, siendo todos ellos opuestos y escenificando a la perfección la lucha acaecida que representa la naturaleza, que al final es la *década*, pues los contiene a todos en su seno. Por consiguiente, denotamos en Pitágoras una sensibilidad ante el fluir en la naturaleza, propia de Heráclito, algo que nos conduce a renombrar con ahínco la disputa entre el efesio y el samio, al predicar este último sus ideas sin haber llegado a ellas *motu proprio*. Sin embargo, y a diferencia de Heráclito, Pitágoras optaba por devolver la estabilidad de esos opuestos mediante la armonía.

8. Sobre la música (Porfirio: XXX; Jámblico: LXIV-LXV)

Acerca de la música, cabe entender en ella un elemento de sumo interés en la doctrina pitagórica y que no puede separarse ni del bienestar corpóreo, ni de la propia matemática y geometría. Es decir: no puede desligarse de la armonía del “Uno” del que Pitágoras entendía estaba formado el cosmos.

Para el caso, tanto Porfirio como Jámblico nos inducen a que Pitágoras hacía uso de la música como remedio terapéutico ante los desajustes del cuerpo, el ánimo y el alma. Según Porfirio, la reproducción de las notas materializadas por Pitágoras se acoplaba a la perfección a la armonía del universo, que solo él podía escuchar. De esta forma, entre lo reproducido y la armonía del universo que

---

19 Según De la Fuente (2019:440) en su nota a pie de página 47 en la “Vida de Pitágoras” de Porfirio, unión de la palabra *deka* («diez») y *dechomada*, relacionada con *dechomai* («aceptar o recibir»).

todo lo guiaba, no existía diferencia y devolvía a su cauce todo lo que estuviera fuera de ello. Por esto mismo, Jámblico nos cuenta sobre el remedio musical como fármaco de las pasiones, y que fue denominado como «arreglos y tratamientos musicales».

Existe en esto una doble lectura: a nadie escapa que la música es, como bien nos han enseñado los maestros musicales durante la historia, una conjunción entre una herramienta y la matemática. Y, de nuevo, esto casa a la perfección por hacer de lo incorpóreo de las notas musicales y los ritmos, un elemento a poder palpar en partituras y escuchar de las mejores melodías, como comentábamos en el apartado (8). Así pues, Pitágoras hacía de la música una unión entre la matemática y su aplicación sobre una herramienta como era el instrumento, los efectos sensoriales idóneos para repercutir cognitivamente en los oyentes. Es sabido hoy en día que, bien por el refranero popular o por el lenguaje técnico de la ciencia, la música tiene ostensibles efectos sobre el ánimo -que al final repercute en la vitalidad de lo físico- de los receptores de esta. O en otras palabras: aquello de “la música amansa a las fieras” ya fue practicado por Pitágoras *tiempo ha*.

Asimismo, también por los textos de Jámblico de Calcis conocemos cómo dichas melodías eran aplicadas sobre los discípulos poco antes de ir a dormir y al despertarse. De nuevo, el elemento clarividente del sueño reparador -e incluso defendido como profético por el propio Jámblico- para el descanso y la activación sensorial al despertar mediante la música, hace de Pitágoras un audaz personaje que constriñe las pasiones del alma mediante recursos como la música, la introspección, los paseos, el recitar versos de Hesíodo o Homero o la alimentación para no sucumbir a las pasiones o los malos humores. Es decir, lo que podríamos denominar como la *dieta pitagórica*, y que contiene todos estos elementos. Curiosamente, los instrumentos utilizados por Pitágoras se asignaban a diferentes divinidades, así como los beneficios que de la música se obtenían. Un elemento más para pensar que el conocimiento de Pitágoras fue confundido con una divinidad. En definitiva: un perfecto fisiólogo e incluso psicólogo avanzado a su época y que la ciencia hoy en día verifica muchos de sus postulados, aplicados hace más de dos mil quinientos años.

## 5. Algunas hipótesis y conclusión

El conjunto de apreciaciones, síntesis y análisis que hemos realizado acerca de la vida de Pitágoras y todo lo que le rodeaba, debía mecernos hasta este preciso instante.

Como habrá advertido el lector, la estructura del trabajo buscaba realizar una clara distinción entre un Pitágoras divino y, de otra parte, un Pitágoras vastamente astuto en conocimientos -y en consecuencia, humano-. Por ende, y realizando una inferencia, proponemos el siguiente juicio: que todo el conocimiento que poseía Pitágoras, desde sus diferentes maestros a sus viajes y culturas conocidas, hicieron de él un importador de saberes a una tierra que todavía no los conocía. Esto, sumado a sus implacables dotes psicológicas y sociológicas, y al aplicar dichos conocimientos entre los suyos, le procuraron un nombre entre la multitud. Además, su habilidad en las artimañas -denunciadas por Heráclito- y la simpatía por el misterio, sumado a legiones de simpatizantes y admiradores de sus “trucos” y enseñanzas, hicieron de la expansión de su nombre una pandemia. Y, en conjunto, y ante todo regido por sus misterios y no dejar huella apenas de sus pensamientos en escritos -bien por su inexistencia, bien por su desaparición-, el paso de los siglos hicieron de él todo un personaje a estudiar y hacerse eco. Sobre él, entonces, se depositaron muchos ojos que querían hablar de su vida y su obra. Al no haber testimonios fiables de esta -el secreto pitagórico, la duda por conocer quién había sido realmente alumno suyo (por el secreto pitagórico), la inexistencia de sus escritos, etc.-, pudo dar pie a que sus hazañas se endiosaran, si más no lo estaban ya desde sus contemporáneos. ¿Quién puede contrastar un hecho prodigioso cuando no existe ninguna figura empírica a la que atribuirse? El resto, lo que ha llegado a nuestros días, ya lo conocemos.

Sin embargo, entendemos el porqué de tanta afinidad y admiración hacia Pitágoras: hechos en apariencia divinos, hechos que no tienen explicación y que el misterio es su matriz, ante mentes poco críticas que viven todavía en el *mito* de los dioses y no en el *logos* del conocimiento, ¿quién es capaz de destronar al que los ejecuta? Para ello, Pitágoras tuvo a bien atribuirse tal poder por su lejanía con el resto de los mortales en sus conocimientos, pues estaban más preocupados por la supervivencia de las penurias de su vida y eran no iniciados. Sin duda, es un caldo de cultivo que hemos experimentado durante toda la historia y de muy diferentes formas -en las que se incluye cualquier dictadura y el *desideratum* por lo escuchado, que siempre es “la llegada del reino de los cielos”-.

De otra parte, dichos conocimientos no le pueden ser negados a Pitágoras. A decir más, muchos de esos conocimientos son todavía compartidos en nuestros días. No se le ha podido falsar, caso de la alimentación o caso de la música. Las corrientes del veganismo o el vegetarianismo, bien por moral o por salud, no se sentirían a disgusto en la secta pitagórica -al menos en este aspecto-. Lo anacrónico de sus enseñanzas, es decir, el encajar tan vasto saber en una sociedad cuasi-primitiva en conocimientos, bien merece una oda por parte de un rival filosófico que hoy lo analiza. También merece la crítica por sus “malas prácticas” al utilizar dichos conocimientos. No hay lugar en la mente de un filósofo, que debería tener por bandera la crítica para los demás y para consigo mismo, de elogiar aquello elogiabile y de criticar su uso para ciertas finalidades de dudosa moral. A estos efectos, Pitágoras nos resulta un personaje anacrónico para su tiempo, por lo avanzado de su científicismo, pese a usarlo para fines dudosos.

No cabe por nuestra parte más conclusión que la siguiente: que Pitágoras no fue más que un mortal, adelantado a su tiempo por sus conocimientos. Y por ser estos parecidos a las divinidades, considerarle como tal. A esto se suma su aguda inteligencia por el engaño, quien no dudó en aceptar la categoría de dios para sus intereses. El resto, es leyenda, y de ella han bebido muchas otras corrientes.

Por lo último, no obstante, no queremos reducir este trabajo en la breve conclusión ya anunciada. Encontramos más prolífero hacerlo con una serie de hipótesis sobre todo lo expuesto y lo analizado. El lector debe llevarse consigo una serie de dudas, pues de otra manera, este trabajo no hubiera cumplido algunos de sus propósitos. Solo así se alimenta la filosofía y se evita el dogma.

Dos serán las principales hipótesis que expondremos. La última de todas, bien nos serviría para seguir con el estudio. Sin más, nos adentramos en ellas:

1. Que no se puede dudar de la existencia de Pitágoras, pero sí de sus hazañas y prodigios.

Tal pudiera ser la tentación de algunos al no dejar documento de su puño y letra, y de lo explicado sobre su figura. También sucedió algo parecido con Sócrates: dichas figuras pudieran ser personajes creados. Sin embargo, y como ya expusimos, en el caso de Sócrates es del todo inasumible la duda sobre su existencia por la cantidad de testimonios y obras que nombran su persona, además de haber sido escritas por sus contemporáneos. En el caso de Pitágoras, lo tardío de su biografía por parte de los autores aquí analizados, pudiera

llevarnos a esta idea, o el no haber sido visto más que por algunos, o por el secreto pitagórico. No obstante, y precisamente su principal detractor, hizo posible el no dudar acerca de su existencia: Heráclito, al nombrarle directamente y ser contemporáneo, nos introduce en la indubitable idea de que Pitágoras existió. Sus escritos han sobrevivido hasta nuestros días, y los estudiosos filosóficos las han dado por certeras. En consecuencia, no podemos dudar de que, al nombrar a Pitágoras, estuvieran mintiendo o arremetiendo a un personaje ficticio.

De otra parte, y pese a no poder dudar de la existencia o no de Pitágoras y su conocimiento, no solo es posible dudar de sus hazañas, sino necesario. A este efecto encomendamos una noción sociológica: la capacidad de las sectas y religiones por instaurar estructuras morales, de aunar sobre una misma idea a la multiplicidad de los pensamientos -de otra parte, un antropológico universal, una estructura eidética esencial-. Para ello, debemos traer a colación de nuevo la divinidad de Pitágoras, y algunos indicadores de la psicología de masas: a mayor grandilocuencia de los hechos, entonces mayor impacto entre la población; a menor dotación científica entre la población, mayor expansión y aceptación sobre la población de los hechos; y, a mayor expansión y aceptación de los hechos sobre la población, menor grado de supervivencia de otras tendencias, caso de la crítica o el escepticismo sobre la grandilocuencia de los mismos hechos.

2. Que el pitagorismo influyó sobremanera en la aparición y auge del cristianismo, si bien su influencia primaria fue a través de Platón y Aristóteles.

Tal es nuestro pensamiento, y esgrimimos una serie de argumentos para ello.

a) La influencia de Pitágoras en el platonismo, la aparición del neoplatonismo y el I Concilio de Nicea hacia la misma época: como ya hemos expuesto, existen sobrados datos para contrastar que el platonismo bebe del pitagorismo, pese a que gobierne el silencio en tanto a su influencia por parte de Platón en la mayoría de sus escritos. El revisionismo al que se ve expuesto el platonismo hacia el siglo III d.C -conocido como neoplatonismo-, y que critica algunos de los preceptos básicos de Platón, coincide en el tiempo con el I Concilio de Nicea convocado por el emperador Constantino I, y es el primer concilio ecuménico en el que la iglesia trató acerca de la naturaleza o no del supuesto enviado por Dios y la

relación con el padre. El auge del cristianismo a partir de esa época, la caída del imperio romano y el politeísmo, y la concentración de las distintas divinidades en una sola figura fue, a lo largo del tiempo, el resultado. Por muchos es respaldado que la doctrina católica es neoplatonismo y neoaristotelismo; nosotros defendemos que, si bien lo último es cierto, ambos basan muchas de sus ideas en el pitagorismo. Por ende, concebimos que la imagen del Dios cristiano y algunas de sus prácticas están basadas en esta secuencia sobre la práctica pitagórica.

b) Semejanza entre los *thaúmata* del Dios cristiano y Pitágoras: no se puede obviar la semejanza que existe entre los prodigios que realizó Jesús de Nazaret con los también practicados por Pitágoras. Enumeramos tres: el caso del río Neso, el milagro de los peces, y la resurrección de Pitágoras. Según Casadesús (2019:10-11)<sup>20</sup>, existe cierta relación o analogía entre un personaje y otro en este tema.

c) El enviado de Dios para cuidar y beneficiar a la humanidad: en Jámblico, XCII, entre la conversación de Pitágoras y Abaris, el primero expone que “había venido para cuidar y beneficiar a los seres humanos, y que por eso había tomado forma de hombre”. De otra parte, en el nuevo testamento y en San Juan, capítulo III, versículo 17, encontramos lo siguiente:

16. Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito: a fin de que todos los que creen en él, no perezcan, sino que vivan vida eterna. 17. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve.

Encontramos atisbos de similitud entre un hecho y el otro<sup>21</sup>: Pitágoras, encarnación de Apolo, y Jesucristo, hijo de Dios, ambos enviados para el bien de la humanidad. De otro modo, cabe añadir a este aspecto la semejanza con otras religiones y su emisario, otorgando cierto indicador, de nuevo, como antropológico universal.

d) Rezos antes de ir a dormir – Jámblico CXIV- y los rituales antes de acostarse – Porfirio XL-: pese a desconocer la introducción de esta práctica por parte del

---

20 En “La filosofía del divino Pitágoras: terapias, curaciones y prodigios”, el autor también argumenta la semejanza que existe entre los prodigios pitagóricos y las hazañas de Jesucristo. Es el caso del río Neso y acerca del mito los peces. Nosotros añadimos el hecho de la resurrección y el mito de Diógenes Laercio, en su pasaje XLI.

21 De la Fuente (2019:450), en su nota de página 104 en “Sobre la vida pitagórica” de Jámblico, encuentra también similitudes en ello, y cataloga al hecho como *alter Christus*, por influencia de Levy y su obra de 1927.

cristianismo a lo largo de la historia, bien es cierto que el rezo antes de acostarse por parte de los cristianos se asemeja a la práctica pitagórica, en la que se exhorta al practicante a preguntarse por sus actos durante el día, a fin de rendir cuentas.

e) El rechazo de la lana y el uso del lino: De la Fuente (2019:450), en su nota de página 111 en “Sobre la vida pitagórica” de Jámblico, encuentra similitud entre este hecho y algunas de las prácticas cristianas. En el caso de los pitagóricos, rechazaban la lana por provenir de animales que previamente habían sido asesinados y optaban por el lino; en el caso de los cristianos, nos advierte de su preferencia por el lino en las mortajas y el sudario de Cristo en los Evangelios.

f) El *peán* pitagórico y los cánticos al Dios cristiano -Jámblico CX-: la práctica del *peán* entre los pitagóricos, un canto hacia el dios Apolo -ya presente en Homero- que pedían su protección y salud. Pitágoras tocaba un instrumento y sus discípulos cantaban para alegrarse y volverse melódicos y rítmicos. Encontramos cierta similitud entre esto y los cánticos y prácticas cristianas. Aunque, de nuevo, también existe dicho elemento en otras religiones.

g) Pitágoras permitía pecar a los suyos, pero él no lo hacía -Diógenes Laercio XLI-: Diógenes Laercio nos cuenta en boca de Heraclides y sus versos, cómo Pitágoras permitía -sobre la ingesta de carne- entre los suyos que en ocasiones pecaran, mientras él jamás lo hacía. Para el caso, podemos entablar cierta conexión con San Lucas, capítulo XXIII, versículo 34, cuando Jesús es crucificado en la cruz por parte de Herodes al atribuirse como rey de los judíos, y poco antes de espirar aduce la famosa frase “señor, perdónales porque no saben lo que hacen”.

h) Similitud entre el embarazo de Pitaida por parte de Apolo, y el de María por parte del espíritu santo: de nuevo Casadesús (2019:3), en su artículo “La filosofía del divino Pitágoras: terapias, curaciones y prodigios”, nos adentra en cómo este hecho es de igual semejanza entre uno y otro caso.

i) La mentira como pecado capital en el cristianismo y la práctica pitagórica de la verdad -Diógenes Laercio XLI-: el autor nos expone cómo Pitágoras advertía entre los suyos apostar siempre por la verdad, pues esta acerca al hombre a la divinidad. Por extensión, sabemos de la consideración por parte del cristianismo de la mentira como uno de los pecados capitales, entendiéndolo como una práctica moral practicada por unos y otros.

j) El anuncio del nacimiento de Jesús del ángel a María y el anuncio de la Pitia a Mnesarco del embarazo de Pitaida -Jámblico V-: Mnesarco, en sus preguntas a la Pitia, fue advertido por esta que su mujer -ya encinta- iba a dar a luz a un hijo de desmesurada belleza y sapiencia, y que por ello se iba a convertir en el mayor beneficio para la humanidad. Entre esta anécdota de la Pitia -la que habla en nombre del dios Apolo- y el anuncio del ángel a María sobre el nacimiento del hijo de Dios, encontramos numerosas similitudes.

k) Que las enseñanzas de Pitágoras y Jesús no hicieron mella entre sus conciudadanos: Pitágoras fue rechazado tanto en Samos, Crotona o Sibaris por sus enseñanzas, por instigar aprendizajes que iban en contra de los poderosos del lugar. Observamos de nuevo los mismos hechos en el caso de Jesús, quien fue juzgado por Herodes y en Judea al catalogarse como rey de los judíos y predicar ciertas enseñanzas entre el pueblo.

De todo lo anterior, cabe ser justo y exponer lo siguiente: que los textos de Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico son de siglos posteriores a Cristo. Salvo en el caso de Diógenes Laercio, quien puede coincidir temporalmente en la confección del nuevo testamento, las obras de Porfirio y Jámblico bien podrían inspirarse ya en los escritos cristianos. No obstante, dichos autores beben del mismo Diógenes Laercio, y este, a su vez, de otras obras anteriores a él, caso del mismo Aristóteles y sus escritos perdidos. En consecuencia, no se puede esbozar la posibilidad contraria de que la vida y obra de Pitágoras haya sido escrita según los postulados cristianos, y sí al revés: que la vida de Jesús esté inspirada en la vida pitagórica, al ser el pitagorismo influencia directa sobre Platón y Aristóteles, y estos, a su vez, una de las mayores influencias del cristianismo.

En resumen, consideramos madura la idea de que entre la vida de Pitágoras y la vida de Jesús existen multitud de relaciones. La mecha del debate está prendida.

## 6. Referencias Bibliográficas

### **Bibliografía primaria**

- Casadesús, F. (2002). «Pitágoras: legendario fundador de la primera secta filosófica». En *Sectes, ritus i religions del món antic*. Palma: Inagrama. 13-32.
- Casadesús, F. (2019). «La filosofía del divino Pitágoras: terapias, curaciones y prodigios». En *Cura e milagre. Religião, crença e percepção*. Brasilia: Tan Mar editores. 1-35.
- Diógenes Laercio. *Vida de Pitágoras*. En Hernández De la Fuente, D. (2019). *Vidas de Pitágoras*. Girona: Atlanta.
- Hernández De la Fuente, D. (2019). *Vidas de Pitágoras*. Girona: Atlanta.
- Jámblico. *Vida de Pitágoras*. En Hernández De la Fuente, D. (2019). *Vidas de Pitágoras*. Girona: Atlanta.
- Porfirio. *Sobre la vida pitagórica*. En Hernández De la Fuente, D. (2019). *Vidas de Pitágoras*. Girona: Atlanta.

### **Bibliografía secundaria**

- Burkert, W. (1960). Plato or Phitagoras? *Hermes*, 88., 159-177.
- Diels, H., Kranz, W. (SD). *Die fragmente der Vorsokratiker*.
- García Gual, C. (1989). *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid: Alianza.